

IV Gennaro¹

de

Manuel Antônio Álvares de Azevedo

Andréa Cesco²

Mara Gonzalez Bezerra³

*Meurs ou tue*⁴

Corneille

– Gennaro, ¿duermes o te embebes en el sabor del último trago del vino, de la última bocanada de tu pipa?

– No: cuando contabas tu historia, recordaba una hoja de la vida, hoja seca y rojiza como las del otoño, y que el viento barrió.

– ¿Una historia?

– Sí: y una de mis historias. Sabes, Bertram, yo soy pintor... y es un recuerdo triste este que voy a revelar, porque es la historia de un viejo y de dos mujeres, bellas como dos visiones de luz.

Godofredo Walsh era uno de esos viejos sublimes, en cuyas cabezas las canas se asemejan a la diadema plateada del genio. Ya viejo, se había casado en segundas nupcias con una belleza de veinte años. Godofredo era pintor: unos decían que ese casamiento había sido un amor artístico por aquella belleza Romana, como que hecha al molde de las

¹ AZEVEDO, Manuel Antônio Álvares de. “IV Gennaro”, in Noite na Taverna. MINISTÉRIO DA CULTURA. Fundação Biblioteca Nacional. Departamento Nacional do Livro. Disponible en: <http://www.dominiopublico.gov.br/pesquisa/DetalheObraForm.do?select_action=&co_obra=2025>. Acceso en 28 agosto 2013.

² andrea.cesco@gmail.com

³ mara.gonzalez.letras@gmail.com

⁴Muera o mate (NT)

antiguas bellezas –otros lo creían compasión por la pobre muchacha que vivía de servir de modelo. El hecho es que él la quería como hija, como Laura, la única hija de su primer casamiento, ¡Laura!... rosada como una rosa, y rubia como un ángel.

Yo era muchacho en ese tiempo: era aprendiz de pintura en la casa de Godofredo. Yo era lindo en aquel entonces; ¡qué ya pasaron treinta años! ¡qué aún el cabello y la cara no se habían perdido el color como en estos largos cuarenta y dos años de vida! Yo era aquel tipo de mancebo todavía puro del rezumar infantil, pensativo y melancólico como Rafael se retrató en el cuadro de la galería Barberini. Yo tenía casi la edad de la mujer del maestro. Nauza tenía veinte y yo tenía dieciocho años.

La amé; pero mi amor era puro como mis sueños de dieciocho años. Nauza también me amaba: ¡era un sentir tan puro! era una emoción solitaria y perfumada como las primaveras llenas de flores y de brisas que nos transportaban a los cielos de Italia.

Como le dije: El maestro tenía una hija llamada Laura. Era una muchacha pálida, de cabellos castaños y ojos azulados; su tez era blanca, y solo a veces, cuando el pudor la abrasaba, dos rosas le enrojecían la faz y se destacaban en el fondo de mármol. Laura parecía quererme como a un hermano. Su risa, sus besos de niña de quince años eran solo para mí. En la noche, cuando yo iba a acostarme, al pasar por el corredor oscuro con mi lámpara, una sombra me apagaba la luz y un beso se me posaba en la faz, en las brumas.

Muchas noches fue así.

Una mañana –yo aún dormía– el maestro salió y Nauza fue a la iglesia, cuando Laura entró a mi habitación y cerró la puerta: se acostó a mi lado. Desperté en los brazos de ella.

El fuego de mis dieciocho años, la primavera virginal de una belleza, aún inocente, el seno semidesnudo de una doncella latiendo sobre el mío, todo eso... al despertar de los albos sueños de la madrugada, me enloqueció...

Todas las mañanas Laura venía a mi habitación...

Tres meses se pasaron así. Un día ella entró a mi habitación y me dijo:

– Gennaro, estoy deshonrada para siempre... Al principio quise engañarme, ya no puedo, estoy esperando...

Un rayo que me cayera a los pies no me asustaría tanto.

– Es necesario que te cases conmigo, que me pidas a mi padre, ¿me oyes, Gennaro?

Yo me callé.

– Entonces ¿no me amas?

Todavía seguí callado.

– ¡Oh! ¡Gennaro, Gennaro!

Y cayó sobre mi hombro deshecha en llanto. La cargué así fría y fuera de sí para su habitación.

Nunca más volvió a hablarme del casamiento.

¿Qué habría de hacer? ¿Contárselo todo al padre y pedirle matrimonio? Fue una locura... Él me mataría y a ella: o por lo menos me expulsaría de casa... ¿Y Nauza? yo la amaba cada vez más. Era una lucha terrible esa que se trababa entre el deber y el amor, y entre el deber y el remordimiento.

Laura no me habló más. Su sonrisa era fría: Cada día se volvía más pálida, pero la gravidez no crecía, y ninguna señal se le notaba...

El viejo pasaba las noches paseando en la oscuridad. Ya no pintaba. Viendo a la hija que moría al son secreto de una armonía de muerte, que empalidecía cada vez más, el misérrimo se arrancaba las canas.

Sin embargo no me olvidaba de Nauza, y tampoco ella se olvidaba de mí. Mi amor era siempre el mismo: eran siempre noches de esperanza y de sed que me bañaban de lágrimas la almohada. Solo a veces la sombra de un remordimiento me pasaba, pero su imagen disipaba toda la neblina...

Una noche... fue horrible... vinieron a llamarme: Laura se moría. En la fiebre murmuraba mi nombre y palabras que nadie podía retener, tan apresuradas y confusas le sonaban. Entré en su habitación: la enferma me reconoció. Se irguió blanca, con la tez húmeda de un copioso sudor, me llamó. Me senté junto a su lecho. Apretó mi mano en sus manos frías y me murmuró al oído:

– Gennaro, yo te perdono: yo te perdono todo... Eras un infame... Moriré... fui una loca... Moriré... por tu causa... tu hijo... el mío... voy a verlo aún... pero en el cielo... Mi hijo que maté... antes de nacer...

Dio un grito: extendió convulsivamente los brazos como para repeler una idea, pasó las manos por los labios como para enjugar las últimas gotas de una bebida, se retorció en el lecho, lívida, fría, bañada en sudor helado, jadeó... Era el último suspiro.

Un año entero se me pasó así. El viejo parecía enloquecido. Todas las noches se encerraba en la habitación en que murió Laura: pasaba ahí toda la noche en soledad. ¿Dormía? ¡Ah, no! Largas horas lo escuché jadear con ansia en el silencio, otras veces ahogarse en sollozos. Después todo enmudecía: el silencio duraba horas –la habitación era oscura; y después los pasos pesados del maestro se oían por la habitación, pero vacilantes como los de un borracho que tambalea.

Una noche le dije a Nauza que la amaba: me arrodillé junto a ella, le besé las manos, empapé su regazo de lágrimas. Ella volteó el rostro: creí que era desdén, me levanté.

– Nauza, entonces tú no me quieres –dije yo.

Ella permanecía con el rostro de lado.

– Adiós: perdonadme si os ofendí: mi amor es una locura, mi vida es una desesperanza – ¿qué me resta? Adiós, iré lejos de aquí... entonces, tal vez yo pueda llorar sin remordimientos...

Le tomé la mano y se la besé.

Ella dejó su mano en mis labios.

Cuando levanté la cabeza, la vi: ella estaba deshecha en lágrimas.

– Nauza – Nauza – una palabra, ¿tú me amas?

.....
Todo lo demás fue un sueño: la luna pasaba por los vidrios de la ventana abierta y la golpeaba: ¡nunca la había visto tan pura y divina!
.....

Y las noches que el maestro las pasaba sollozando en el lecho vacío de su hija, yo las pasaba en su lecho, en los brazos de Nauza.

Una noche hubo un hecho pasmoso.

El maestro vino al lecho de Nauza. Gemía y lloraba aquella voz cavernosa y bronca: me tomó por el brazo con fuerza, me despertó, y me arrastró a la habitación de Laura...

Me tiró al suelo: cerró la puerta. Había una lámpara prendida en la habitación frente a un panel. Levantó la sábana que lo cubría. ¡Era Laura moribunda! Y yo macilento como ella temblaba como un condenado. La muchacha con sus labios pálidos susurraba en mi oído...

Temblé al ver mi semblante tan lívido en el lienzo: y recordé que aquel día al salir de la habitación de la muerta, en su espejo que aún estaba colgado en la ventana, yo me horroricé al verme tan cadavérico...

Un temblor, un escalofrío se apoderó de mí. Me arrodillé, y lloré lágrimas ardientes. Confesé todo: me parecía que era ella quién lo mandaba, que era Laura que se levantaba entre las sábanas de su lecho, y me encendía el remordimiento, y en el remordimiento me rasgaba el pecho

¡Por Dios que fue una agonía!

Al otro día el maestro conversó conmigo fríamente. Lamentó la falta de su hija, pero sin una lágrima. Pero sobre lo sucedido en la noche, ni una palabra.

Todas las noches era la misma tortura, todos los días la misma frialdad.

El maestro era sonámbulo...

Y yo no me creí perdido...

No obstante, me acordé de que una noche, cuando salía de la habitación de Laura con el maestro, vi en la oscuridad una ropa blanca pasando cerca de mí, rozarme unos cabellos sueltos, y en los pisos del pasillo crujir unos pasos tímidos de pies desnudo. Era Nauza que todo lo vio y lo escuchó, que se despertó y sintió mi falta en el lecho, que oyó esos sollozos y gemidos, y corrió para ver...

.....

Una noche, después de la cena, el maestro Walsh agarró su capa y una linterna, y me llamó para acompañarlo. Tenía que salir de la ciudad y no quería ir solo. Salimos juntos: la noche era oscura y fría. El otoño había deshojado los árboles y los primeros

soplos del invierno rugían en las hojas secas del suelo. Caminamos juntos mucho tiempo: cada vez más nos entrañábamos por las montañas, cada vez el camino se hacía más solitario. El viejo paró. Era la falda de una montaña. A la derecha el peñasco se abría en un sendero: a la izquierda las piedras sueltas por nuestros pies a cada paso se despegaban y caían por el despeñadero, e instantes después se oía un sonido como de agua donde cae un peso...

La noche era oscurísima. Solo la linterna iluminaba el camino tortuoso que seguíamos. El viejo lanzó la mirada hacia la oscuridad del abismo y se rio.

– Espérame allí, dijo él – vengo pronto.

Godofredo agarró la linterna y siguió hacia la cumbre de la montaña: yo me senté en el camino a su espera: vi aquella luz ora perderse, ora reaparecer entre los arbolados en los zigzagues del camino. Al fin la vi parar. El viejo llamó a la puerta de una cabaña: la puerta se abrió. Entró. Lo que allí pasó no lo sé: cuando la puerta se abrió de nuevo una mujer lívida y desgreñada apareció con una antorcha en la mano.

La puerta se cerró. Algunos minutos después el maestro estaba conmigo.

El viejo acomodó la linterna sobre una roca, se quitó la capa y me dijo:

– Gennaro, quiero contarte una historia. Es un crimen, quiero que seas su juez. Un viejo estaba casado con una bella joven. De otras nupcias tenía una bella hija también. Un aprendiz –un miserable que él irguiera del polvo, como el viento a veces yergue una hoja, pero que él podía reducir a ella cuando quisiera...

Me estremecí, las miradas del viejo parecían herirme.

– ¿Nunca oíste esta historia, mi buen Gennaro?

– Nunca, dije yo con dificultad y temblando.

– Pues bien, ese infame deshonoró al pobre viejo, lo traicionó como Judas a Cristo.

– Maestro, ¡Perdón!

– ¡Perdón! ¿y perdonó el malvado al pobre corazón del viejo?

– ¡Piedad!

– ¿Y tuvo él compasión de la virgen, de la deshonra, de la infanticida?

– ¡Ah! –grité.

– ¿Qué tienes? ¿Conoces al criminal?

Su voz de escarnio me asfixiaba.

– Ves pues, Gennaro, dijo él cambiando el tono, si hubiera un castigo peor que la muerte, yo te lo daría. ¡Mira ese despeñadero! ¡Es pavoroso! si lo vieras de día, tus ojos se oscurecerían y ahí tal vez caerías, ¡de vértigo! Es un sepulcro seguro; y guardará el secreto, como un pecho al puñal. Solo los cuervos irán allá a verte, solo los cuervos y los gusanos. Y pues, si tienes en el corazón maldito todavía algún remordimiento, reza tu última oración: pero sé breve. El verdugo espera la víctima: la hiena tiene hambre de cadáver...

Yo estaba allí pendiente junto a la muerte. Tenía solo que elegir entre el suicidio o ser asesinado. Matar al viejo era imposible. Una lucha entre mí y él sería insana. Él era robusto, su estatura alta, sus brazos musculosos me romperían como el vendaval revienta una rama seca. Además, él estaba armado... Yo... yo era un niño débil: al primer paso que diera él me arrojaría de la roca en cuyos bordes estaba... Solo me restaría morir con él, arrastrarlo en mi caída. Pero ¿para qué?

Y me curvé en el abismo: todo era negro, el viento allá abajo gemía en las ramas desnudas, en los brezos, en los espinos reseco, y el torrente se revolvía allá en el fondo espumando en las piedras.

Yo tuve miedo.

Oraciones, amenazas, todo sería en vano.

– Estoy listo –dije.

El viejo se rio: infernal era el reír de sus labios ajados por la fiebre. Solo vi aquella risa... Después fue un vértigo... el aire que sofocaba, un peso que me arrastraba, como en aquellas pesadillas en las que uno se cae de una torre y se queda preso por la mano, pero la mano se cansa, flaquea, suda, se enfría... Era horrible: rama a rama, hoja por hoja los arbustos me chasqueaban en las manos, las raíces secas que salían por el despeñadero se reventaban sobre mi peso y mi pecho sangraba en los espinos. La caída era muy rápida... De repente no sentí nada más... cuando me desperté estaba al lado de una cabaña de campesinos que me habían encontrado junto al torrente, preso a las ramas de un roble gigantesco que asombraba el río.

Era después de un día y una noche de delirios que me desperté. Apenas sané, una idea me vino: buscar al maestro. Al verme a salvo así de aquella muerte tan horrible, podría ser que se apiadara de mí, que me perdonara, y entonces yo sería su esclavo, su can, todo lo que hubiera de más abyecto en un hombre que se humilla – ¡todo! – con tal que me perdonara. Vivir con aquel remordimiento me parecía imposible. Partí entonces: en el camino encontré un puñal. Lo erguí: era del maestro. Me vino entonces una idea de venganza y de soberbia. Él quiso matarme, él se había reído de mi agonía, ¿y yo aún tendría que ir a llorar a sus pies, para que me rechace de nuevo, me escupa en la cara, y mañana busque otra venganza más segura?... ¡Yo humillarme cuando él me había abatido! Mis cabellos se erizaron en la cabeza, y el sudor frío me corría por el rostro.

Cuando llegué a la casa del maestro, la encontré cerrada. Golpeé... no abrieron. El jardín de la casa daba hacia la calle: salté el muro: todo estaba desierto y las puertas que daban hacia él también estaban cerradas. Una de ellas era débil: con poco esfuerzo la rompí. Al estruendo de la puerta que cayó apenas el eco respondió en las salas. Todas las ventanas estaban cerradas: ni una lamparilla prendida. Caminé tanteando hasta la sala del pintor. Al llegar, abrí las ventanas y la luz del día se derramó en la sala desierta. Llegué entonces a la habitación de Nauza, abrí la puerta y un aliento pestilente salía de ahí. El rayo de luz dio en una mesa. Al lado estaba una forma de mujer con la faz sobre la mesa, y los cabellos caídos: tirado en un sillón un bulto cubierto con un capote. Entre ellos un vaso en que había un residuo polvoriento. Al pie estaba un frasco vacío. Lo supe después – la vieja de la cabaña era una mujer que vendía veneno: sin duda fue ella quien lo vendió, porque el polvo blanco del vaso parecía serlo...

Erguí los cabellos de la mujer, levanté su cabeza... ¡Era Nauza!... pero Nauza cadáver, ya empalidecida por la putrefacción. No era aquella estatua albísima de antaño, la faz suave y el pecho de nieve... Era un cuerpo amarillo... Levanté una punta de la capa del otro: el cuerpo cayó de bruces con la cabeza hacia abajo; resonó en el suelo el chasquido del cráneo... – ¡Era el viejo!... ¡muerto también y morado y podrido!... Yo lo vi: – de la boca le chorreaba una espuma verdosa.

.....

Data de envio: 07 de novembro de 2013.

Data de aprovação: 15 de fevereiro de 2014.

Data de publicação: 2 de abril de 2014.